

Aprender a envejecer

Learning how to Welcome Old Age

Ramón M. Jáuregui

ramonmjo@hotmail.com

Universidad de Los Andes.
Facultad de Humanidades y Educación.
Escuela de Educación.
Mérida, estado Mérida. Venezuela

Artículo recibido: 12/06/2013

Aceptado para publicación: 08/07/2013



Resumen

No sabría decir si este artículo-reflexión como quiero llamarlo, es apto para una revista de educación. Lo único que pretendo con ello es hacer reflexionar a los que ahora leen la revista y decirles que está bien que aprendan y enseñen a leer, matemáticas, sociología, etc., pero que es igualmente necesario que aprendan a pensar que un día ya no serán jóvenes y que es necesario que se preparen para ese otro período de su vida, la tercera edad (y la última) que es tan importante o más que la primera porque en ella se resume nuestra vida entera y nadie ha sido formado para ello, es decir educado para vivir conscientemente que algún día la vejez nos encontrará creyendonos jóvenes.

Palabras clave: juventud, tercera edad, homenajes, envejecer

Abstract

I do not know if this reflection essay is suitable for an journal of education. I just intend to make readers reflect on the fact that some day we will not be young anymore, and that we may need to get ready for facing retirement age. This fact goes beyond learning to teach mathematics, sociology, and so on. Retirement age includes all previous life experiences, though training on how to get old is something that can not be taught. It is of great importance to be aware that in the future retirement age will meet us believing we are still young.

Keywords: youth, old age, homage, aging.

Todas las revistas educativas que conozco están concebidas para “enseñar” a vivir a los jóvenes como si las personas que ya pasaron la juventud no necesitaran aprender ya no para empezar a vivir, pero sí para seguir viviendo. Quizá este enfoque hacia la juventud se deba a que quienes escriben en estas revistas educativas, además de ser jóvenes, piensan que no es rentable escribir para enseñar a seguir viviendo a los viejos porque piensan que sólo unos pocos serían los que las leerían y como todo gira alrededor del dinero, piensan que no tiene sentido invertir tiempo y dinero en ello. Y, pese a esto, creo que es muy importante enseñar a los viejos a envejecer y a los jóvenes a entender a los viejos, con la certeza de que un día ellos también lo serán, y no hay nada mejor que aprender, desde la juventud, lo que serán cuando mayores. Y para este especie de artículo-meditación, voy a inspirarme en lo que está más cerca de mí, es decir, mi propia vida.

Es curioso que cuando aún no se ha llegado a la tercera edad, uno se admire de que los ancianos se quejen de sus dolencias y porque uno, en la plenitud de vida, cree que esos males son para otros y que a uno jamás le llegarán. Y, sin embargo, nos llegan y además más pronto de lo que deseamos y se instalan sin compasión y para siempre, en uno. De un día a otro, sin previo aviso, empieza a subir la tensión arterial y con ello el tormento de las pastillas, de esas que cuando uno era más joven, se decía que jamás tendría necesidad de ellas, con la convicción, además, que los viejitos las tomaban porque eran unos débiles y quejeques, incapaces de soportar un pequeño mal.

Lo mismo sucede cuando un día se amanece con un dolorcito en la pierna, no importa que sea la izquierda o la derecha, y se comienza a caminar torcido o inclinado y se va despacio renqueando cuando aún se puede caminar. En ese momento comencé a entender a los que yo llamaba viejos, de quienes me reía al verles caminar torcidos y que me desesperaban cuando, con su lentitud, se me atravesaban en el camino. Y mientras les miraba feo pensaba que eso a mí, que soy tan fuerte, jamás me sucedería y me decía además, que si siendo viejo me doliera la pierna, nadie lo iba a notar porque yo sí soy fuerte, pero cuando llegó mi turno cojeaba torcido, tragándome mi orgullo pasado.

Cuantas veces me reía, también, de mis ancestros cuando repetían todos los días los mismos cuentos. ¿Y qué hago ahora? Repetirlos y por más que me esfuerzo en no decir-

los, terminó igual que ellos. Y esto por no hablar de que cualquier tiempo pasado fue mejor. ¿Mejor para quién? Y, pese a todo, no me canso de decir que en mi tiempo no se hacía tal y tal cosa, que la gente era más gentil, cuando todos eran en realidad unos gilipollas, y cuando, siendo realista, se vivía mucho peor que ahora. Pero la cuestión es que como los viejos ya no tenemos de qué hablar del ahora, porque a medida que vamos haciendo cosas, al mismo tiempo se nos van olvidando y como, además, no podemos estarnos callados, recurrimos a lo que antes hicimos, aburriendo a todos los que nos escuchan. Y pensar que cuando era un poco más joven creía que jamás incurriría en eso...

Y otra cosa, no entendía por qué los viejos ponían la radio (en ese tiempo no existía la T.V.), a todo volumen. Ahora son los jóvenes los que me mandan bajar el sonido porque no soportan lo fuerte que lo pongo. Claro, en mi juventud, jamás creía que yo también iba a irme quedando poco a poco.

También me enteraba que a los viejos se les hacían homenajes, se les rendía pleitesía y me preguntaba por qué se esperaba a que fueran viejos en vez de hacerlo en su juventud. Y hoy, ya mayor, he entendido su por qué. Verán. Cuando a una persona mayor honorable (un viejo en términos corrientes) se le hace un homenaje, ese homenaje, hay que entenderlo no tanto como una deferencia de honor hacia ese honorable viejo sino como un agradecimiento que le hacen los jóvenes o, con mayor precisión, como un premio que le dan, porque, por fin después de muchos años mandando, el viejito decidió dejar su cargo a los más jóvenes (y que conste que no lo dejan por amor sino porque ya no pueden con su alma) y por eso, porque renuncia y ya no representa peligro alguno de competencia, rivalidad, etc., merece un homenaje. Este es el momento, cuando ya el viejito que no puede más, cuando puede afirmarse que “está por encima del bien y del mal”, lo que traducido al castellano corriente, equivale a decirnos que ya no tenemos injerencia alguna en los asuntos que antes manejábamos y tampoco posibilidad alguna de retomarlos. Esa es la razón del por qué sólo se hacen homenajes a los jubilados, a aquellos que han dejado su trabajo y porque todos están seguros de que jamás retomarán ese cargo. No es, pues, un reconocimiento a lo que han hecho durante toda su vida hasta ese momento, sino un reconocimiento por haber dejado por el peso de la edad, vía libre a los jóvenes a quienes, al igual que a los viejos, algún día se les homenajeará si han sido lo suficientemente inteligentes de abandonar el cargo a tiempo y sin pretensiones de regresar al mismo. Cuanto me ha costado llegar a entender esto y qué bien me siento ahora al comprenderlo.

Ahora, cuando veo a alguien mayor que camina lento y renqueando, con la cabeza baja, mirando torpemente al suelo y pidiendo permiso a una pierna para mover la otra, o cuando alguien mayor que yo (que ya está bien) me pide que repita la frase porque no lo han entendido (mejor, oído) o cuando alguien no ve lo que tiene delante y tropieza conmigo o cuando me piden que les ayude a pasar la calle o a leerles una receta o a llenarles una planilla o no importa qué, en vez de enfadarme y pensar que es un maula o un

flojo o un débil o un vago qué se yo, como pensaba antes, les ayudo en todo lo que está a mi alcance al mismo tiempo que doy gracias a Dios de que puedo serles útil y que, además aún camino, oigo y veo aunque sea mal y me siento contento de que aún me valga por mí mismo y disfruto, aunque un poco disminuido, lo que otros ya no pueden hacerlo. Incluso no me importaría que me homenajearan sabiendo que se están despidiendo de mí, porque, para ser justo, ya era hora de dejar a los jóvenes crecer mientras uno va disminuyendo hasta en altura física.

Qué duro es empezar a aprender a ser viejo y aceptarse como tal. Es el momento en que se empieza a no tener ganas de manejar, de salir de casa, de comer y, a veces, hasta de dormir. Qué mal hacía cuando a mis padres o familiares mayores les decía que eran unos achantados y flojos porque no quería salir a pasear ni siquiera en carro. Ahora, un poco tarde y por propia experiencia empiezo a comprenderlos. Pero los jóvenes... es posible que los de ahora sean tan pretenciosos como lo era yo en mis tiempos de juventud. Y en los ratos de lucidez (tal vez por eso los viejos chochean de más en más), se pregunta uno para qué he estudiado, sacrificado y luchado en la vida si todos terminamos igual. Y menos mal que, poco o mucho, los jubilados de la universidad tenemos, quien sabe hasta cuándo, una pensión que nos permite vivir con cierta holgura cosa que, desafortunadamente no gozan todas las personas mayores.

Esto sin contar con la soledad. Y cuando hablo de soledad no me refiero el haber dejado de lado las discotecas, las reuniones bulliciosas y otras cosas frívolas por el estilo,

porque alejarse de todo esto no equivale a soledad. Me refiero a vivir en compañía no de los hijos a quienes, si hemos sido responsables los hemos criado para que se fueran, para que hicieran “su” vida independientes de nosotros, al igual que hicimos nosotros cuando éramos jóvenes, sino a tener al lado alguien en quien apoyarse y entreayudarse y con quien poder compartir nuestra vida tranquila, comentar los pequeños o grandes contratiempos de la vida y hasta, de vez en cuando, discutir con ella...

Por eso digo que hay que aprender a ser viejo y, para esto, hay que enseñar a los jóvenes a que ellos también serán un día viejos como nosotros, mirados por encima del hombro y con cierto desprecio, por los jóvenes de su tiempo, para que aprendan a respetar a aquellos que ya han vivido la vida y a los que sólo les queda la ñapa de seguir viviendo, pero una ñapa tacaña que, poco a poco, les va haciendo guiñapos como si quisiera vengarse de aquellos que duran (no que viven, porque vivir es disfrutar) más tiempo que lo debido, ocupando un espacio que, por la ley de la vida, sólo la tendría que ocupar los que son jóvenes. Y aquí no vale eso de que hay que ser “joven de espíritu”, porque a cierta edad y sin desearlo ni quererlo, el mismo espíritu que funciona en una cabeza que ya no sirve para mucho, también envejece. Qué duro es irse haciendo viejo. Y aunque a lo largo de mi vida me han enseñado matemáticas, física, filosofía, música y qué se yo cuantas cosas más... jamás me enseñaron a mirar mi futuro y prepararme para este momento. En otras palabras, nadie me ha enseñado a envejecer. ©

Autor: _____

Ramón M. Jáuregui. Doctor en Educación y Doctor en Filosofía. Profesor Titular de la Universidad de Los Andes. Profesor Contratado a Tiempo Convencional en el Postgrado de la Universidad Católica Andrés Bello. Profesor del Doctorado de Filosofía de la Universidad de Los Andes.

Bibliografía

Faría Jaldón, Ernesto. (2004). *El desafío y la Libertad*. Ed. Alfar, Sevilla (España).
 Lowney, Chris. (2008). *El liderazgo al estilo de los Jesuitas*. Verticales y Bolsillo, Barcelona.
 Fernando Fernández-Savater Martín. (2000). *Sobre vivir*. Editorial Ariel. 2da. Edición. Barcelona.
 Fernando Fernández-Savater Martín. (2000). *El valor de Educar*. Editorial Ariel. Bogotá (Colombia).
 Fernando Fernández-Savater Martín. (2007). *La vida eterna*. Editorial Ariel. Barcelona.



educere

*Auspicia la paz como el único camino
Terrenal a la felicidad humana*

Si quieres que reine la paz en el mundo debes tener paz en tu hogar; y para que la paz reine en tu hogar, debes primero vivirla en tu corazón.

Proverbio chino

Si queremos un mundo de paz y de justicia hay que poner decididamente la inteligencia al servicio del amor.

Antoine de Saint Exupery

Se siembra la paz desde la niñez, programando en el corazón las opciones que aseguran el respeto, la comprensión, la solidaridad, la justicia, la fraternidad, el perdón.

J. Dagorne

Solamente puedes tener paz si tú la proporcionas.

Marie Von Ebner-Eschenbach

Todos ansiamosla paz, pero no todos coincidimos en la manera de alcanzarla.

Alicia Beatriz Angélica Araujo

Todos los días podemos tener la paz de Dios si dejamos de agitarnos por lo que podría ser, o lo que pudo haber sido, y nos concentramos en lo que es.

Jean-Pierre de Caussade

Cuando me preguntaron sobre algún arma capaz de contrarrestar el poder de la bomba atómica yo sugerí la mejor de todas.

La paz. Isaac Newton

Mal de páramo. Mar de fondo

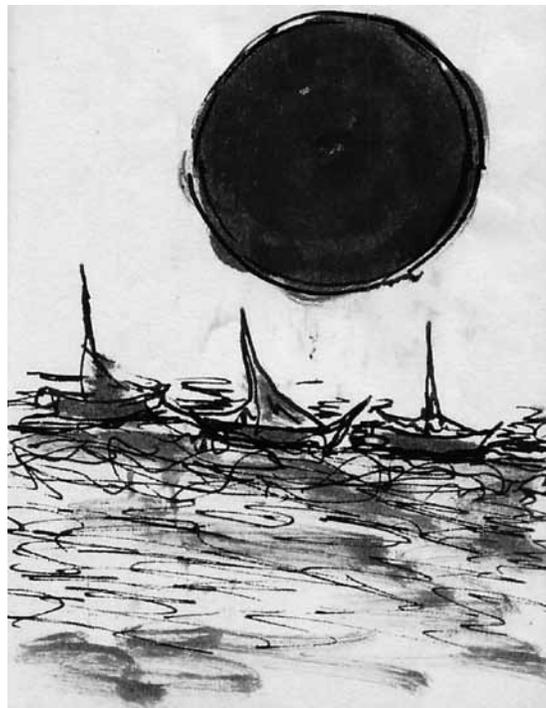
Altitude sickness. Ground Swell

Dr. Jairo Portillo Parody

charagato@gmail.com

Universidad de Los Andes.
Núcleo Universitario “Rafael Rangel”.
Trujillo, estado Trujillo. Venezuela

Artículo recibido: 01/11/2013
Aceptado para publicación: 11/12/2013



Estudio financiado por el Proyecto PEI-2012000114. MCTI.

Resumen

Investigación narrativa para dar sentido a lo vivido. Cuatro cuentos de agua y sal. Etnografías mínimas de la mar y el páramo. Cada una cuenta su cuento por separado. La unidad del azar es la metodología de búsqueda. Palabra y acción en correspondencia. Oralidad de la imagen. Las fotos hablan solas. No necesitan de la palabra para decir. Se espera que puedan verse con los ojos cerrados una vez vistas. No llegamos a nada. Tal vez que el cuento de la vida es uno solamente. Y es un cuento breve. Una vez llegado al páramo, ya no hablaré de la mar. Y estando en la mar ya no hablaré de los ríos.

Palabras clave: narrativa, etnografía, mar, páramo, fotografía

Abstract

This narrative inquiry aims at constructing meanings of lived experiences. Four stories about water and salt and brief ethnographic reports on different stories about the sea and the páramo were analyzed. Random figures are used as search methodology. Word and action in mutual correspondence. Image orality. Pictures speak on their own, pictures do not need words to speak, pictures can be seen with the eyes closed. We arrived nowhere, perhaps because life story is a single one. And it is a brief story. Once at the páramo, I would not talk about the sea; staying at the sea I would not talk about rivers.

Keywords: Narrative, Ethnography, Sea, Páramo, Photography.